

de ir á decir misa cuando quieran; llevando por supuesto altar portátil y todo lo necesario. Nuestro buen amigo el Padre Luis, se encargó de alistarlo todo, y acompañarnos él mismo. A las cinco y media de la mañana, nos pusimos en marcha para el monte Olivete. Todos á pié, excepto el Sr. Arzobispo que iba en un burrito, y en otro llevábamos el altar y todo lo necesario para el Santo Sacrificio. Llegamos á la cima del monte, donde el Santon de la mezquita, avisado de antemano, nos aguardaba ya impaciente por recibir el bacchiz; pues aunque los padres franciscanos tienen el derecho de celebrar cuando quieran por un *firman* ó decreto del Sultán; pero es necesario dar algo al Santon ó sacerdote de la mezquita, pues de no ser así, se expondría uno á no celebrar por la grita y murmuraciones, que provocaría tal conducta. Al contrario sucede dando el bacchiz; el Santon mismo nos ayudó á armar el altar, á barrer la mezquita, á traer agua y tener cuidado de que se guardara silencio durante la misa. El Illmo. Sr. Arzobispo dijo misa primero, y despues siguió la mia. ¡Qué consuelo tan grande poder celebrar donde mismo nuestro Señor Jesucristo se elevó al cielo. Hé aquí el pasage sucedido en este lugar. [1] «He hablado en mi primer libro ¡oh Theóphilo! de todo lo mas notable que hizo y enseñó Jesus, desde su principio, hasta el dia que fué recibido en el cielo despues de haber instruido por el Espíritu Santo á los Apóstoles, que El habia escogido; á los cuales se habia manifestado tambien despues de su pasion, dándoles muchas pruebas de que vivia, apareciéndoseles por espacio de mas de cuarenta dias, y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios. Y por último comiendo con ellos, les mandó que no partiesen de Jerusalem, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual (dijo) «oísteis de mi boca; y es que Juan bautizó con el agua, mas vosotros habeis de ser bañados en el Espíritu Santo dentro de pocos dias.» Entónces los que se hallaban presentes, le hicieron esta pregunta: «¿Si será este el tiempo en que has de restituir el reino de Israel?» A lo cual respondió Jesus: «No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos, que tiene el Padre re-

(1) Actas de los Apóstoles, cap. 1.º, versos del 1.º al 12.

servados á su poder soberano: recibireis sí, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me servireis de testigos en Jerusalem, y en toda Judea y Samaria, y hasta el cabo del mundo.» Dicho esto, se fué elevando á vista de ellos por los aires, hasta que una nube le cubrió á sus ojos. Y estando atentos á mirar cómo iba subiéndose al cielo, hé aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes de vestiduras blancas, los cuales les dijeron: «Varones de Galilea, ¿por qué estais ahí parados mirando para el cielo? Este Jesus, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que acabais de ver allá.» Despues de esto, se volvieron los discípulos á Jerusalem, desde el monte llamado de los Olivos que dista de Jerusalem el espacio del camino que puede andarse en sábado.»

Aquí sí que podia decirse sucedido en realidad, lo que el patriarca Jacob solo vió en sueños: que habia una escala misteriosa cuya punta tocaba hasta el cielo, y el pié estaba puesto en este lugar. El eterno Padre apoyado en la parte superior, veía ascender por la escala no á los ángeles, sino al Señor y Rey de los ángeles, llevando al cielo nuestra humilde naturaleza para colocarla allá y darnos el derecho que habiamos perdido por el pecado de Adán. Oigamos ahora á nuestro Carpio, que refiere la Ascension en la siguiente poesía:

## LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Era la primavera y muy hermosa  
El agua del Jordan pura corria,  
Y en su márgen al viento se movia  
El rojo lirio y la silvestre rosa.

En las pendientes del Carmelo crecen  
Los narcizos y espléndidos jacintos,  
Y al pié de los frondosos terebintos  
Las adelfas magnificas se mecen.

Vagaba allí la garza solitaria  
Entre flores acuáticas y yerbas,  
Y alegres los becerros en catervas  
Jugaban en los montes de Samaria.

Allá en Salen el Salvador en tanto,  
Viendo de su Ascension llegado el dia,  
Pasó el torrente que pasar solia  
En otros tiempos de dolor y llanto.

Colocado del monte en la alta cima  
 Ve el palacio de Herodes y Pilato,  
 El Gólgota, y el Templo largo rato,  
 Y los muros y torres de Solima.

Y á su patria Belea ve con ternura,  
 Y á Jericó que entre un palmar se asoma,  
 Pero aparta los ojos de Sodoma,  
 Sumergida en las aguas de amargura.

Los discipulos juntos lo rodean,  
 Pendientes de sus ojos y sus labios:  
 Simon Pedro recuerda sus agravios  
 Y calientes sus lágrimas gotean.

Alli estaba el apóstol inocente  
 Que en la noche terrible de la Cena,  
 En el pecho de Dios con grande pena  
 Y gran ternura reclinó la frente.

A los justos Jehová llevó consigo,  
 Al padre Adan postrado de quebranto,  
 A Eva tambien, á quien bafiaba el llanto.  
 ¿Por qué no estaba yo, Madre contigo?

La Virgen pura hallábase presente  
 Descollando entre blancos serafines,  
 Cual descuella entre débiles jazmines  
 La magnífica palma del torrente.

Cerca, muy cerca estás del Hijo eterno,  
 Que te mira y remira con ternura,  
 Y tú tambien contemplas su belleza  
 Con dulce afán y con amor materno.

Los ángeles bajaron á millones  
 Mas hermosos que espléndidos luceros,  
 Y armados como intrépidos guerreros  
 Marchaban en inmensos escuadrones.

Ricas banderas flotan á porfía,  
 Se agitan en los yelmos las garzotas,  
 Brillan las lanzas y estrelladas cotas,  
 Y relumbran el oro y pedrería.

Y Rafael á sus legiones manda,  
 Blanco plumage en su cimera ondea,  
 Su fuerte arnés y espada centellea,  
 Rojos son sus coturnos y su banda.

Mas allá está Gabriel de blanco cuello,  
 De blancos brazos y de negros ojos,  
 Alas azules y los labios rojos,  
 Ensortijado y suelto su cabello.

Brilla Miguel en el celeste coro,  
 Lleva penacho en el morrion radiante,  
 Sable á la cinta, el peto de diamante,  
 Faja encarnada y las sandalias de oro.

Innumerables ángeles y justos  
 Postrados en la tierra ¡oh Dios! te adoran,  
 Y con las muchas lágrimas que lloran  
 Mojan las huellas de tus piés angustos.

¿Qué era en tanto el magnífico Tiberio  
 Con su diadema y púrpura de Oriente?  
 Me parece un insecto que insolente,  
 Se arrastraba en el polvo del imperio.

El Salvador en medio á tanta gloria  
 Vuelve á los suyos plácido el semblante,  
 Y se enternece al ver allí delante  
 A los fieles testigos de su historia.

Les habla de su reino soberano  
 Que excede á los imperios de este mundo,  
 Aun mas de lo que excede el mar profundo  
 A una gota perdida en el Oceano.

Les dió poder de hablar en lenguas ciento,  
 De retornar los muertos á la vida,  
 De pisar la serpiente embravecida  
 Y las puertas abrir del firmamento.

Entónces el Señor con vuelo blando  
 Muy poco á poco aléjase del monte,  
 Y llena de esplendor el horizonte,  
 Y como á su pesar se va elevando.

Así sube el lucero matutino  
 Con suave pausa de la mar undosa,  
 Y entre las nubes de color de rosa  
 Resplandeciente sigue su camino.

Vuelve á veces Jesus la faz divina  
 A los amigos que le dió su Padre,  
 Vuelve los ojos á su buena Madre  
 Y á toda su nacion de Palestina.

Y es porque ama á su pueblo tiernamente,  
 Como á las mismas niñas de sus ojos,  
 Le dió maná, victorias y despojos  
 Y fué siempre con él muy indulgente.

Sobre los pueblos á su pueblo eleva,  
 Le tuvo en el desierto tal cariño,  
 Que lo llevó en sus brazos como á un niño,  
 Cual la nodriza que á su niño lleva.

Al lado de tu espléndida grandeza  
 Es polvo y humo el esplendor terreno,  
 Y cuando estalla tu terrible trueno  
 Reyes y pueblos bajan la cabeza.

Mientras que lento por el aire sube  
 Su corazon amable se enternece,  
 Y en el espacio al fin desaparece  
 Allá detrás de relumbrante nube.

Entónces se oye lánguido gemido,  
 Corren de nuevo lágrimas ardientes,  
 Retratado el dolor se vé en las frentes,  
 Y todos miran por donde ha partido.

Cuando el recio huracan se desenfrena,  
 Las encarnadas flores del granado  
 Arrancadas de su árbol agitado  
 Se deshojan y secan en la arena.

De este modo en inmenso desconsuelo  
 Los discipulos quedan ese dia:  
 Arrancados del Hijo de Maria  
 Yacen postrados en profundo duelo.

Al través de los cielos te adelantas;  
 Pasando vas de estrellas en estrellas,  
 Y mil y mil constelaciones bellas  
 Relumbran muy abajo de tus plantas.

Cuando yo te contemplo ya triunfante  
 Sentado junto al Padre en alto solio,  
 ¡Qué pobre me parece el Capitolio,  
 Y el formidable Júpiter tonante!

Después de las misas quitamos el altar y nos volvimos á Jerusalem, dando gracias á Dios nuestro Señor, que nos proporcionaba placeres tan puros y satisfacción tan dulce. Por la tarde nos fuimos al Santo Sepulcro, para asistir á la procesion y pasar otra noche allí; pues habíamos fijado nuestra salida de Jerusalem para el día 26. Debíamos dirigirnos á Nazareth. Para ir allá, hay dos caminos: uno por tierra, pasando por Samaria, y otro por mar, embarcándose en Jafa para ir á Caifa y de allí al Carmelo y Nazareth. El primero es muy expuesto por las tribus de beduinos que habitan en los contornos y que frecuentemente roban y asesinan á los pasajeros: por esto determinamos hacer el viaje por mar. Visitar el Jordan en el lugar donde fué bautizado nuestro Señor Jesucristo y ver de cerca el Mar Muerto, es empresa tambien peligrosa, por la misma razon de los beduinos. Nosotros prescindimos de hacer este viaje: porque lo mas interesante que era conocer el Jordan, podíamos conseguirlo sin tanto peligro yendo á Tiberiades, cuyo lago atraviesa dicho rio. Tratábase pues, de pasar la última noche y despedirnos del Santo Sepulcro y monte Calvario. Y yo tambien trataba de cumplir un deseo muy legitimo: poner yo mismo todos los rosarios, crucifijos, etc. que habia comprado, en todos los Santos Lugares santificados con la presencia, con la sangre y contacto del divino Salvador. Todos estos objetos estaban ya benditos en el Santo Sepulcro y con las indulgencias de Tierra Santa; pero queria tener la satisfacción, de ponerlos yo mismo en todos los santos lugares. Luego que fué de noche y que la iglesia estuvo sola, salí de la sacristía cargando una inmensa canasta con dichos objetos. Los puse primero en el lugar donde los soldados sortearon la túnica de nuestro Señor Jesucristo; luego en el altar donde está la columna de los improperios: de allí subí al Calvario, los puse en el lugar donde crucificaron á nuestro Señor Jesucristo, mientras recé el rosario. Después los llevé al lugar donde estaba la Santísima Virgen cuando el descendimiento. Luego los puse en el hoyo donde estuvo enarbolada la Cruz, y los tuve allí mientras recé los Salmos penitenciales y la Letanía de los Santos. Concluido esto, bajé del Calvario á la Piedra de la Uncion, donde tambien los dejé un rato: de allí los llevé al lugar donde nuestro Señor

Jesucristo se apareció á Santa María Magdalena, y por último al en que se apareció á la Santísima Virgen. Otro dia iba á decir misa en el Santo Sepulcro y por esto reservé el ponerlos en dicho lugar hasta la hora en que dije misa allí. Ser última noche que pasaba junto al Sepulcro de mi Salvador y al pié del Calvario, era la reflexion que me impedia ir á recojerme un rato. Por último cedí á la necesidad de dormir un poco, y subí á la celda que me habian destinado.

Sábado veinticinco de Octubre, á las cuatro de la mañana dije misa por última vez en el Santo Sepulcro, habiendo tenido cuidado de llevar antes á dicho lugar, los rosarios, crucifijos &c. Después siguió la misa del Señor Arzobispo y luego la conventual. A las ocho de la mañana hicieron los griegos su procesion, pagada por supuesto por los peregrinos. ¡Qué canto, Dios mio! ¡Qué sacerdotes tan ridículos! ¡Qué indevacion, superficialidad y espíritu mundano pintados en sus fisonomías y movimientos! ¡Qué diferencia tan inmensa con el armonioso y grave canto, con la seriedad y decoro, con la devocion, recojimiento y espíritu de penitencia, que se advierte en la procesion de los buenos padres franciscanos! Este dia lo empleé en preparativos de viaje: y por la tarde volví todavía á la iglesia del Santo Sepulcro á decir mi último adios. ¡Oh qué momentos tan tristes! Se le cobra tal afecto á este augusto Templo: son tan tiernas las emociones que el corazon experimenta en él, que cuando llega el instante de separarse para toda la vida y decir adios al santo monte Calvario, al Sepulcro sagrado de nuestro Redentor, no puede menos de sentirse el corazon oprimido de dolor y rodarse las lágrimas de los ojos. Las mismas dificultades que hay que superar para llegar á visitar este augusto Templo: la distancia inmensa que lo separa de nuestro país: aun las humillaciones que se tienen que sufrir, estando como está, en poder de los turcos, lo hacen caro, amable y atractivo al peregrino que ha llegado á vencer estas dificultades, que ha recorrido esta inmensa distancia y sufrido el aspecto soberbio y repugnante de los turcos que lo custodian. ¿Cuándo será que los católicos reintegrados en sus antiguos derechos, posean ellos solos este inestimable tesoro? ¿Cuándo cesarán estas mascaradas y profa-